

mula y no en asno, la conceden las leyes á los nobles é hijosdalgos.

Un silencio pavoroso reinaba en aquella inmensa poblacion apiñada sobre las tropas que formaban el cerco : el cielo se habia nublado á impulsos de los encontrados vientos que bramaban de cuando en cuando chocándose en opuestas direcciones ; paulatinamente se iban ennegreciendo las nubes, y alla á lo léjos como hácia Guadix, se veia algun relámpago, y se sentia el ruido del trueno. Ya comenzaba á chispear cuando tocaba Mariana al pié del cadalso en donde tuvo el consuelo de hallar á don José Garzon su confesor enjugándose las lágrimas que á hilos le corrian por la cara : reportándose como pudo, se preparó para prestarla el último auxilio acompañándola con sus exhortaciones hasta los umbrales del sepulcro. Despues de reconciliarse por la vez postrera, subió al patíbulo asida del confesor, y se sentó en el banquillo implorando con sentidas palabras la divina proteccion entre tanto que le acomodaban la fatal corbata : sacando entónces el confesor fuerzas de flaqueza, y esforzándose cuanto pudo ; “ Yo te absuelvo, la dijo, en nombre del Señor, de todas tus culpas y pecados ; vuelve la vista al cielo, humilde Mariana, y allí encontrarás la dicha y la ventura que espantadas han huido de tí, mientras has vivido sobre la tierra ; tiende tus ojos á la inmortalidad, y desprecia todo lo de este mundo : el Omnipotente te ha perdonado ya, porque tu arrepentimiento ha sido una verdadera contricion. Hasta el cielo, hija mia, siente tu desgracia : en medio de un tiempo despejado y sereno, míralo ennegrecerse y amenazarnos con una tempestad ; míralo, infeliz criatura : al traves de esas nubes vas á pasar dentro de breves instantes á la mansion celestial : ruega allí al Todopoderoso por nosotros.

El ejecutor de la justicia cumplió en este momento su terrible encargo. El estremecimiento que hizo en aquel instante Mariana, y el cambio repentino del sonroseado de sus mejillas en un color lívido y cárdeno anunció al público el

último instante de su vida. A torrentes caían las lágrimas del inmenso pueblo que cubria todas las avenidas de aquel espacioso campo : lloraban los religiosos auxiliantes : lloraban los soldados y sus jefes : lloraba tambien el verdugo : solamente se gozaban media docena de malvados, mas sanguinarios que los tigres de Hircania.

PEÑA Y AGUAYO.

LA PUBLICACION DE LA BULA.

Por mi ventura dí en el quinto amo, que fué un buldero, el mas desenvuelto y desvergonzado, y el mayor echador de ellas que jamás yo ví, ni ver espero, ni pienso nadie vió, porque tenia y buscaba modos y maneras, y muy sutiles invenciones. . . . Y porque todos los artificios que le veia hacer serian largos de contar, diré uno muy sutil y donoso con el cual probaré bien su suficiencia.

En un lugar de la Sagra de Toledo habia predicado dos ó tres dias, haciendo sus acostumbradas diligencias, y no le habian tomado bula, ni á mi ver, tenian intencion de se la tomar : y él estaba dado al Diablo con aquello. Y pensando qué hacer, se acordó de convidar al pueblo á otro dia de mañana, para despedir la bula. Y esa noche, despues de cenar, pusiéronse á jugar la colacion él y el Alguacil, y sobre el juego vinieron á reñir y á haber malas palabras. El llamó al Alguacil ladron, y el otro á él falsario. Sobre esto el Señor Comisario, mi Señor, tomó un lanzon, que en el portal do jugaban estaba. El Alguacil puso mano á su espada, que en la cinta tenia. Al ruido y voces que todos dímos acuden los huéspedes, y vecinos, y métense en medio ; y ellos muy enojados, procurándose desembarazar de los que en medio estaban, para matar se. Ellos, como la gente al gran ruido cargase, y la casa estuviese llena de ella, viendo que no podian afrentarse con las armas, decíanse pala-

bras injuriosas, entre las cuales el Alguacil dijo á mi amo que era falsario, y las bulas que predicaba eran falsas. Finalmente, los del pueblo, viendo que no bastaban para ponerlos en paz, acordaron de llevar el Alguacil de la posada á otra parte, y así quedó mi amo muy enojado. Y despues que los huéspedes y vecinos le hubieron rogado que perdiese el enojo y se fuese á dormir, así nos echamos todos.

La mañana venida, mi amo se fué á la iglesia, y mandó tañer á misa y al sermon para despedir la bula; y el pueblo se juntó; el cual andaba murmurando de las bulas, diciendo como eran falsas, y que el mismo Alguacil riñendo lo habia descubierto; de manera que, tras que tenian mala gana de tomarla, con aquello del todo la aborrecieron. El Señor Comisario se subió al púlpito, y comienza su sermon. . . . Estando en lo mejor, entra por la puerta de la iglesia el Alguacil, y con voz alta y pausada comenzó á decir: "buenos hombres, oidme una palabra. Yo vine aquí con este echacuervos que os predica, el cual me engañó, y dijo que le favoreciese en este negocio, y que partiríamos la ganancia. Y ahora, visto el daño que hacia á mi conciencia y á vuestras haciendas, arrepentido de lo hecho, os declaro que las bulas que predica son falsas, y que no le creais, ni las tomeis . . . y si en algun tiempo este fuere castigado por la falsedad, que vosotros me seais testigos como yo no soy con él, ni le doy á ello ayuda, ántes os desengaño, y declaro su maldad;" y acabó su razonamiento. Como calló, mi amo le preguntó, ¿si queria decir mas? que lo dijese. El Alguacil dijo: harto mas hay que decir de vos y de vuestra falsedad; mas por ahora basta. El Señor Comisario se hincó de rodillas en el púlpito, y puestas las manos, y mirando al Cielo, dijo así: "Señor Dios, á quien ninguna cosa es escondida, tú sabes la verdad, y cuán injustamente soy afrentado. En lo que á mí toca, yo le perdono, por que tú, Señor, me perdones; mas la injuria á tí hecha, te suplico, y por justicia te pido no disimules, porque alguno que está aquí, que por ventura pensó

tomar aquesta santa bula, dando crédito á las falsas palabras de aquel hombre, lo dejará de hacer. Y pues es tanto perjuicio del prójimo, te suplico, Señor, no lo disimules, mas luego muestra aquí milagro, y sea de esta manera. Que si es verdad lo que aquel dice, este púlpito se hunda conmigo, do él ni yo jamas parezcamos; y si es verdad lo que yo digo, y aquel, persuadido del Demonio dice maldad, tambien sea castigado, y de todos conocida su malicia."

Apénas habia acabado su oracion, cuando el negro Alguacil cae, y da tan gran golpe en el suelo, que la iglesia toda hizo resonar, y comenzó á bramar y echar espumajos por la boca, y hacer visajes con el gesto, dando de pié y de mano, revolviéndose por aquellos suelos á una parte y á otra. El estruendo y voces de la gente era tan grande, que no se oian unos á otros. Unos decian: el Señor le socorra y le valga. Otros: bien se le emplea, pues levantaba tan falso testimonio.

A todo esto el Señor mi amo estaba en el púlpito de rodillas, las manos y los ojos puestos en el cielo, trasportado en la divina esencia. . . . Algunos buenos hombres llegaron á él, y le suplicaron quisiese socorrer á aquel pobre que estaba muriendo. . . . El Señor Comisario, como quien despierta de un dulce sueño, los miró, y miró al delincuente, y muy pausadamente les dijo: "Pues Dios nos manda que no volvamos mal por mal, y perdonemos las injurias, vamos todos á suplicarle." Y así bajó del púlpito. . . . y todos se hincaron de rodillas. . . . y viniendo con la cruz y agua bendita el Señor mi amo, puestas las manos al cielo, y los ojos, que casi nada se le parecia sino un poco de blanco, comienza una oracion no ménos larga, que devota. . . . Y esto hecho, mandó traer la bula, y púsosela en la cabeza, y luego el pecador del Alguacil comenzó poco á poco á estar mejor y tornar en sí. Y desde que fué vuelto en su acuerdo, echóse á los pies del Señor Comisario, y demandándole perdon, confesó haber dicho aquello por la boca y mandamiento del

Demonio : lo uno por hacer á él daño, y vengarse del enojo : lo otro y mas principal, porque el Demonio recibia mucha pena del bien que allí se hacia en tomar la bula. El Señor mi amo le perdonó, y fueron hechas las amistades entre ellos ; y á tomar la bula hubo tanta priesa, que casi ánima viviente en el Lugar no quedó sin ella : marido y mujer, hijos é hijas, mozos y mozas.

Divulgóse la nueva de lo acaecido por los lugares comarcanos, y cuando á ellos llegábamos, á la posada la venian á buscar, como si fueran peras de valde : de manera, que en diez ó doce lugares donde fuímos, echó el señor mi amo otras tantas mil bulas sin predicar sermon. Cuando hizo el ensayo, confieso mi pecado, que tambien fuí de ello espantado, y creí que así era, como otros muchos. Mas con ver despues la risa y burlas que mi amo y el Alguacil llevaban y hacian del negocio, conocí cómo habia sido industriado por el industrioso é inventivo de mi amo ; y aunque muchacho, cayóme mucho en gracia, y dije entre mí: cuántas de estas deben de hacer estos burladores entre la inocente gente.

MENDOZA, LAZARILLO DE TORMES.

EUSEBIO Y SU CRIADO ALTANO.

Altano.—Mi Señor Don Eusebio, si hoy no me vuelvo loco, no espere V. verme morir encerrado en una jaula. El contento me levá el alma por esos cerros como una peonza : tantas vueltas la hace dar el gozo, que temo perder el seso. Vea V. como no hay plazo que no llegue. ¿Quién me lo habia de decir, cuando saqué á V. rapazuelo del naufragio, que le habia de llegar á ver hombre hecho y derecho, y casado con una beldad sin par? créame V. que tengo mayor consuelo por ello, que si á mí mismo me tocara, aunque no naciese para mis bigotes.

Eusebio.—Por lo mismo eres acreedor, Altano, á toda mi dicha, y al agradecimiento que quisiera hoy manifestarte en lo que mas desearias, si me lo significas.

Alt.—Señor, lo que mas deseo es el cumplimiento de la dicha de V. ; otra cosa no deseo, ni tengo porqué desear : vista esta, muéranse mis ojos, como decia Simeon por boca del cura de la parroquia de S. . .

Eus.—Podian tambien venirme ganas de casarte, y morirse en paz tus ojos en el seno de tu familia.

Alt.—¿Para pitos está por cierto el alcacer! ¿hay cosa mas risible que un viejo que sube al tálamo con babador?

Eus.—Medimos los agenos deseos por los nuestros: el que tengo de manifestarte mi agradecimiento, me sugirió esta especie ; no tienes porqué extrañarla, despues que sientes en tí que el gozo te saca el alma de sus quicios.

Alt.—¿Y cómo que me la saca! que si no fuera por el deseo que tengo de ver las bodas de V. que me hace atiesar las piernas, y estar firme en ellas, ya hubiera dado conmigo por esas paredes, desatinado como un moscardon que va de aquí para allá dando golpes y zumbidos, sin saber lo que se pesca.

Eus.—¿De dónde sacas, Altano tan lindas comparaciones?

Alt.—Ya previne á V. que estoy poco ménos que loco de contento : vale mas que lo manifieste en seso con esas expresiones, que con los hechos sin él.

Eus.—Te confieso que no sé comprender la causa del exceso de esa alegría por mi casamiento : ¿qué es lo que te incita á tales extremos de contento?

Alt.—¿No oyó decir V. que en dias tales se suele echar la casa por la ventana? Eso es lo que yo quiero significar é imitar.

Eus.—¿Y viste jamás echar la casa por la ventana?

Alt.—No señor ; pero se dice, como digo yo tambien que estoy fuera de mí de gozo, y ve V. que estoy muy quedo y muy sobre mí.

Eus.—Echaba ya de ver que habia alguna exageracion en tus expresiones ; por eso me vino deseo de saber la causa particular que te movia á tal exceso de gozo en mi casamiento.

Alt.—La causa particular no es otra que la de alegrarse todo hombre en tales dias.

Eus.—Esa cabalmente es causa muy general, y que manifiesta que te alegras porque los otros se alegran, y nada mas.

Alt.—No señor; porque, aunque todos los demas lloraran, yo solo saltara de gozo como una cabra, en el casamiento de V.

Eus.—¿ Qué es pues, lo que á tí solo te incitara á saltar como una cabra, ya que estás tan fecundo en semejanzas ?

Alt.—Porque me está diciendo el corazon, que ha de llegar V. al colmo de su dicha en su casamiento.

Eus.—Eso será porque crees que el estado del matrimonio es el mas dichoso.

Alt.—Lo debiera ser, no hay duda ; y lo fuera tal vez, si todos los casados fueran como V.

Eus.—Si todavía no lo soy ¿ cómo lo puedes inferir ?

Alt.—Lo infero de los sentimientos, y de la bondad de V.

Eus.—Pues qué ¿ no habrá otros muchos mas buenos que yo ?

Alt.—Sí Señor ; pero ellos serán buenos como las brevas, y V. como fruta en real cercado.

Eus.—A la verdad estás hoy de semejanzas, y algunas tales, que no sé alcanzarlas, como esta de las brevas.

Alt.—Me explicaré pues. Las brevas, cuando maduras, ó caen de buenas, ó las pican los pájaros : amen de esto, ellas crecen en las higueras á Dios y á la ventura. La fruta del real jardin es respetada en su bondad, y toma mejora del cultivo. A mas de esto, V. es bueno como la paloma, con asomos de cordura de serpiente : y finalmente, V. es bueno como Guzman el Bueno, y no como el buen Guzman, de

quien se dijo : ¡ qué lindos pintores que lleva el buen Guzman !

Eus.—Ya estaba temiendo que llegases á profanar tus comparaciones. No sabes llevar adelante un discurso, sin ensartar alguno de tus ridículos estribillos.

Alt.—Mi Señor Don Eusebio, esto no es mentar la sogá en casa del ahorcado, pues V. está por casar todavía, y su casamiento es excepcion de regla : quiero decir, lo será. Si todos los hombres fueran como V., me echaba á misionero de casamientos.

Eus.—No dejarias de hacer lindos sermones, y en algunas partes pudieras sacar gran fruto.

Alt.—Eso se lo aseguro yo á V., y no haya miedo que subsistiera entónces el refran : *mal me quieren las comadres, porque les digo las verdades* ; que todas ellas vendrian desaladas á oír al predicador de casamientos. ¿ Pues qué si me oyeran en una rejita de parlatorio ? No digo más, porque sólo de pensarlo se me derrite el gusto en el buche.

Eus.—Estás hoy de extrañas ocurrencias. ¿ Cuándo oiste jamas ningun predicador de casamientos ?

Alt.—¡ Guarte ! De todos los otros sacramentos sí ; pero de ese no. ¿ Cómo quiere V. que prediquen el matrimonio los que le dieron de pié, mirando como á víboras á las pobres hijas de Adan. Fortuna que la naturaleza predica callandito por otra parte, porque sino ; á Dios noble raza de los Godos !

Eus.—Tambien pudieran decirte á tí : ¿ porqué no nos diste ejemplo de lo que predicas ?

Alt.—¿ Y sabe V. lo que les respondiera ? Hijos míos, por eso os lo predico : porque mi mala ventura hizome errar la vocacion.

Eus.—Vale mas que acortemos, porque sino estás en trote de decir muchos disparates. Ve á ver si vino el clérigo irlandes.

Alt.—Voy á servir á V., mi señor Don Eusebio ; pero á lo mejor me rompió V. el discurso.

MONTENGON, *Eusebio.*

EL TITIRITERO Y EL LUGAREÑO.

Juntóse en una gran plaza de cierta ciudad todo el pueblo para ver las habilidades que hacian unos charlatanes titiriteros. Entre ellos habia uno que se llevaba los aplausos de todos. Este bufon al acabar otros varios juegos de mano, quiso cerrar la funcion dando al pueblo un espectáculo nuevo. Dejóse ver solo en el tablado, cubrióse la cabeza con la capa, agachóse y comenzó á remedar el gruñido de un cochinito con tanta propiedad, que todos creyeron que verdaderamente tenia escondido debajo de la capa algun marranito verdadero.

Comenzaron todos á gritar que se quitase la capa, hizolo así, y viendo que no tenia otra cosa alguna debajo de ella, le renovaron los aplausos y la grande algazara del populacho.

Un lugareño que estaba en el auditorio, chocándole mucho aquellas expresiones de necia admiracion, gritó pidiendo silencio y dijo: Señores, sin razon se admiran Vdes. de lo que hace ese bufon. No ha hecho el papel del marranito con tanta perfeccion como á Vdes. les parece. Yo lo sé hacer mucho mejor que él, y si alguno lo duda, no tiene más que venir á este sitio mañana á la misma hora. El pueblo, preocupado ya en favor del charlatan, se juntó al día siguiente aún en mucho mayor número que el anterior, mas para silbar al paisano, que para divertirse en ver lo que habia prometido.

Dejáronse ver en el teatro los dos competidores. Comenzó el bufon y fué mas aplaudido de lo que habia sido nunca. Siguióle despues el labrador; agachóse cubierto con su capa, tiró de la oreja á un marranito que llevaba escondido bajo del brazo, y el animalito empezó á dar unos gruñidos muy agudos. Sin embargo el auditorio declaró la victoria por el pantomimo, y atolondró al paisano con silbidos. No por eso se turbó el buen lugareño; ántes bien, mostrando el lechoncillo al auditorio: Señores, dijo con mucha socarroneria, Vdes. no me han silbado á mí, sino al marrano. Miren ahora que buenos jueces son.

P. ISLA, *Gil Blas*.

DE LAS BATUECAS ESTE AÑO QUE CORRE.

ANDRÉS MIO:

Yo pobrecito de mí, yo Bachiller, yo batueco y natural por consiguiente de este inculto país, cuya rusticidad pasa por proverbio de boca en boca, de region en region, yo hablador, y careciendo de toda persona dotada de chispa de razon con quien poder dilucidar y ventilar las cuestiones que á mi embotado entendimiento se le ofrecen y le embarazan, y tú cortesano y discreto!!!; Qué de motivos, querido Andrés, para escribirte!

Ahí van, pues, esas incultas ideas, tales cuales son, mal ó bien compaginadas, y derramándose á borbotones, como agua de cántaro mal tapado.

“¿No se lee en este país porque no se escribe, ó no se escribe porque no se lee?”

Esa breve dudilla se me ofrece por hoy, y nada mas.

Terrible y triste cosa me parece escribir lo que no ha de ser leído; empero mas árdua empresa se me figura á mí, inocente que soy, leer lo que no se ha escrito.

¡Mal haya, amen, quien inventó el escribir! Dále con la civilizacion, y vuelta con la ilustracion. ¡Mal haya, amen, tanto achaque para emborronar papel!

A bien, Andrés mio, que aquí no pecamos de ese exceso. Y torna los ojos á mirar en derredor nuestro, y mira si no estamos en una balsa de aceite. ¡O infeliz moderacion! ¡O ingenios limpios los que no tienen que enseñar! ¡O entendimientos claros los que nada tienen que aprender! ¡O felices aquellos, y mil veces felices, que ó todo se lo saben ya, ó todo se lo quieren ignorar todavía!

¡Maldito Guttemberg! ¿Qué genio maléfico te inspiró tu diabólica invencion? ¿Pues imprimieron los egipcios y los asirios, ni los griegos ni los romanos? ¿Y no vieron y no dominaron?

¿Que eran mas ignorantes, dices? ¿Cuántos murieron de

esa enfermedad? ¿Qué remordimientos atormentaron la conciencia del Omar, que destruyó la biblioteca de Alejandría? ¿Que eran mas bárbaros, añade? Si crímenes, si crueldades padecian, crímenes y crueldades tienen diariamente lugar entre nosotros. Los hombres que no supieron, y los hombres que saben, todos son hombres, y lo que peor es, todos son hombres malos. Todos mienten, roban, falsean, perjuran, usurpan, matan y asesinan. Convencidos sin duda de esta importante verdad, puesto que los mismos hemos de ser, ni nos cansamos en leer, ni nos molestamos en escribir en este buen pas en que vivimos.

¡O felicidad de haber penetrado la inutilidad del aprender y del saber!

M. J. DE LARRA (*Figaro*).

EL RICO Y EL POBRE.

Si se mira la superficie de las cosas, goza el rico mas comodidades, y padece ménos incomodidades que el pobre; pero si se registra el fondo, sucede muy al revés. Tiene el rico vario, precioso y abundante plato; ¿pero saboréase en él mas que el pobre con el comun y toscó? Ni aún tanto; porque en este, la paciencia con que se sienta á la mesa recompensa con ventajas aquel exceso. ¿Qué les importa á las abejas de la Lituania, país rudo y desabrido, no tener tan odoríferas flores como las abejas de los otros países, si de esas mismas ingratas flores sacan la mas hermosa y dulce miel que hay en Europa? Yace el rico en colchones de pluma; ¿pero duerme mas, ó mejor que el pobre sobre un poco de paja? Verás que éste siempre se levanta alegre y gozoso; y aquel muchas veces se queja de que pasó la noche con inquietud. ¡Cuántos pobres reposaron con dulzura en el duro suelo aquella misma noche que el rey Asuero, por no

poder dormir, se divirtió con los anales de su reino! Defiéndose el rico con tapices, afelpados vestidos y gruesas paredes, de los rigores del frio; pero observa que con todo se queja más de la destemplanza de la estacion dentro de su palacio, que el pastor cubierto de pieles en el monte. . . . Verás á cada paso al poderoso temblando con vivo resentimiento del frio, siempre que se ve precisado á dejar la chimenea; y al mismo tiempo anda la gente comun alegre por la calle. Lo mismo sucede en el estío. Está el rico con desconsolada laxitud, sin atreverse á salir de un cuarto bajo; cuando el comun del pueblo, con intrépida desenvoltura, acude á cuanto se le ofrece. . . . Habita el rico en anchuroso y aliñado palacio, y nunca contento, piensa en extenderle, ó mejorarle; pero el pobre, ni siquiera le ocurre en todo el año que su habitacion es estrecha.

Viste el rico delicada olanda, y el pobre gruesa estopa; pero dime si hasta ahora oiste quejarse algun pobre, de que la aspereza de la estopa le ocasione al cuerpo alguna molestia. Está ocioso el rico, y el pobre trabajando todo el dia; pero no observarás mas triste al pobre en el trabajo, que al rico en el ocio; ántes, especialmente si trabaja en compañía, pasa festivo, cantando y chaceando, su tarea. Acabada esta, el descanso no es un ocio insípido como el del rico, sino un dulce reposo; y despues con blando y continuado sueño recompensa el trabajo diurno. El rico al contrario, como sobre miembros no ejercitados asienta mal el sueño, con inquietud impaciente da mil vueltas en la cama: de modo, que se puede decir, que el pobre trabaja de dia, y el rico de noche. Si se ofrece una jornada, el rico es verdad que la hace en caballo ó en carroza, y el pobre á pié; sin embargo, el rico tiene mucho que sentir en ella; ya la inclemencia del tiempo, ya la incomodidad de la posada, ya la dureza del lecho, ya la falta de regalo: el pobre, hecho á todo, nada extraña, y así de nada se duele. Pues añádase á esto el susto de los ladrones, á quienes el pobre no tiene porque

temer; cuando al rico, tras de cada tronco que hay en el camino, se le representa un salteador.

Si se quieren pesar los placeres de uno y otro estado, verás á los pobres en sus conversaciones festivas, en sus rústicos bailes, ¡qué francamente risueños! ¡qué sinceramente gozosos! al contrario á los ricos, verás en los mismos festejos, no pocas veces fastidiosos. A lo ménos no brilla tan puro el placer en sus semblantes.

Todas estas desigualdades nacen de un principio general: y es, que la naturaleza dejada á su genio, se contenta con poco; pero si la hacen al melindre, se forma en ella una dama descontentadiza, que todo lo apetece, y todo lo desdenea.

P. FEJOO Y MONTENEGRO, *Teat. crít. univers.*

EL HISTORIADOR.

Caramente compran las naciones sus mejoras cuando obtienen estas por medio de la fuerza, pues las revoluciones que purifican y fecundan, tambien por largo tiempo trastornan, dejando en la sociedad hondas cicatrices que despues se miran con espanto. Todo cambio en el órden de los pueblos, lleva consigo una pena que es mayor, á proporcion que el gobierno derribado cuenta mas años de existencia: siguiendo en esto, como en todo, la asociacion humana una regla constante de la naturaleza. Nada de lo que existe perece sin dolor, y así ¡cuántas costumbres, cuántos intereses, cuántos sentimientos y esperanzas no se oponen al aniquilamiento ó modificacion de un sistema que las favorecia! Y por esto sucede, que las innovaciones victoriosas no alcanzan jamas á destruir completamente y por sí mismas los efectos que produjeron las prácticas antiguas. El tiempo, y sólo el tiempo, es el que puede perfeccionar la obra de las revoluciones, sustituyendo ley á ley, costumbre á costumbre, sentimiento á sentimiento; pues querer destruir junto con el abuso á los hombres que los mantienen, es hacer imposible el triunfo, que nunca es completo, sino le acompaña la moderacion, y renunciar á la gloria útil, que no puede existir

sin la clemencia. Pero ántes que la sociedad se regenere, hay un período de verdadera confusion, en que mezclado lo antiguo y lo moderno hasta el momento de confundirse, hierven, se agitan y combaten; período difícil que tiene de guerra y de paz, y en que el partido vencido se defiende del vencedor, no ya en el campo de batalla, sino en el seno mismo de la sociedad que le pertenecia.

Esa época, sólidamente agitada, es la que pone á prueba la mayor sabiduría de un gobierno, pues en ella es donde se forman los proyectos monstruosos, las leyes inícuas con que se abusa del triunfo, y los rencores que perpetúa la crueldad: de ella salen los asesinatos jurídicos, los degüellos en las prisiones, las calificaciones odiosas; y ella, enfin, ó deja á la sociedad dividida en bandos irreconciliables, ó prepara el dominio exclusivo de un partido, más cruel siempre que el de un hombre solo. Y de aquí viene, que siendo muy difícil de suyo la empresa de escribir una historia, es difícilísima la de escribir la de un pueblo recientemente conmovido; porque los hechos, que se someten al juicio de las gentes futuras, pasan por los ojos interesados de la presente, entre elogios exagerados, críticas injustas, envidias y venganzas. Mas, ¿qué importa? Estudie y medite los sucesos el historiador, con calma y sereno, como si pertenecieran á las remotas edades y él los viera desde las orillas del sepulcro:—no á pretexto de ostentarse imparcial riegue á diestro y siniestro verdades inútiles y amargas, que manchen las familias ó turben el reposo público, primero de los bienes despues de la libertad; aparte la vista del laurel, de la toga, del poder y del oro, y no vea en el guerrero, en el magistrado, en el prepotente y en el rico sino hombres, mas ó ménos dignos de estima, segun que supieron, mas ó ménos ser útiles y grandes: no se entusiasme sino por la virtud: no queme incienso sino en el ara de la patria; no diga, enfin, como Voltaire, al muerto la verdad y miramiento al vivo, sino verdad compasiva al que cubrió la tumba, verdad terrible, trona-

dora, al que vive y oprime. Esto haga y duerma tranquilo, porque, si peca, no será por error del corazón, sino del entendimiento.

R. M. BARALT: *Hist. de Venezuela.*

RECUERDO DE SEVILLA.

Es en el día una de las partes integrantes de la educación de un joven de alto nacimiento el viajar al ménos por espacio de ocho ó diez meses, ó como en términos vulgares suele decirse, salir á correr córtes: cosa que por lo general se gradúa de tanta importancia como hablar frances, cantar italiano y pintar á la aguada lo bastante para poderse colocar familiarmente en los *álbums* al lado de las primeras notabilidades artísticas. Un viaje es el complemento de la educación: ni importa un bledo que esta se halle aún por empezar, pues todo lo suple el viaje. Es un barniz de tal naturaleza que da color á lo que no tiene forma. Vivimos en un siglo de movimiento: vivimos á escape: las luces se comunican por medio de las diligencias, y para alcanzarlas, fuerza es desempedrar los caminos. ¡Jóvenes, viajad!

Pero no perdais de vista que no en todas partes ha concedido Dios á los viajes el poder casi miraculoso que acabamos de reconocer en ellos. No en todas las tierras brotan con igual abundancia y robustez nabos suculentos; no todos los países son para vistos de cerca. Por ejemplo: si á un joven bien educado y de instrucción no despreciable le preguntasen: ¿ha viajado V.?—podría contestar sin sonrojarse:—He recorrido toda Castilla la vieja: sí señor, y la tierra clásica de los chorizos que fecunda el Guadiana, y el país de los gallegos en que se fabrican las mejores gaitas del universo: me he bañado en el río Patute y he sudado el quilo en los arenales de la Mancha. Porque, en resumidas cuentas, ¿qué otras cosas mas notables pudiera citar de

aquellas provincias? Es pues, claro hasta la evidencia, que hay que salir de España. Francia, Italia, Turquía, Portugal, todo es bueno para el intento: que en sabiendo dar razón de la Bolsa de Paris, de la Scala de Milan, de los palacios de *Ayuda y das Necesidades* y aunque sea del de *Trapadinha* de Portugal, sobrada necedad será pedir noticias de los corrales arruinados de Mérida, ó de los rancios edificios de Búrgos y de Toledo, fábricas desordenadas, que no son de nuestro siglo, ni por su construcción, ni por su destino en general.

En buen hora recorran los maniáticos y casi locos extranjeros nuestras provincias en rocines incómodos montados, llenándose en las ventas de miseria y ayunando la mayor parte del tiempo, ó contentándose con pan, agua y vino: vino que llena á pedir de boca todas las condiciones de un extracto de pez excelente: en buen hora se dejen robar gustosos, y aún apalear en los caminos, para tener luego la estéril satisfacción de describir un encuentro con ladrones españoles, y poner aquello del escapulario sobre el pecho, la moza al lado, y en las manos el trabuco naranjero: sigan por luengos años gastando sus pesetas en librotos antiguos, aumentando así considerablemente el consumo de papel de estraza; y llévense todos esos cuadros viejos, que ni para tapar las gateras de los desvanes tomaríamos, aunque de balde nos les diesen: que en cambio de esto, nosotros sacaremos precioso papel pintado con que engalanar nuestros salones, y coches elegantes, y lanas, el día que truenen las ganaderías de Estremadura: y cuando hayan consumido largas vigiliias en el estudio de nuestra historia, en la indagación de los causas de nuestra decadencia y de los medios de levantarnos del estado en que yacemos postrados, nosotros traduciremos sus obras, y boniticamente, con nuestras manos lavadas y la cabeza fresca, nos apoderaremos de su trabajo. Esto se llama tener astucia. Por otra parte, ¿no es cosa que en gran manera debe halagar nuestro orgullo nacional el ver copiadas en los periódicos españoles las noticias estadísticas sobre la península, á duras penas compiliadas por extrangeros autores?